

Del esfuerzo imaginativo y las traiciones de la transcripción: «El obsceno pájaro de la noche»

«Porque hay que reconocer que, incluso desde el punto de vista literario, la conseja de la niña-bruja es curiosamente insatisfactoria». (*«El obsceno pájaro de la noche»*, página 356.)

«... fabrican seres que creen ser él mismo, pero son otro o quizá otro...». (*«El obsceno...»*, página 402.)

La novela de Donoso es expresión de una contradicción lacerante: sus aburridas quinientas cuarenta y dos páginas aparecen jalonadas por tres o cuatro hallazgos verdaderamente sugestivos y una total hueridad de sentido poético. Se da en ella de una manera a saz expresiva el conflicto entre una fertilísima imaginación y una tremenda frustración a la hora de plasmarla literariamente. La creación de un mito y su recuperación, así como la de sus transfiguraciones, paralelismos y rituales a lo largo de un espacio atemporal, en el que el autor pugna por procurar armonía y conexión a una serie de demenciales instancias, me parece una labor que si como crítico hubiera de considerar —matizándolo con mucho detenimiento— interesante, como lector, y en este caso, sólo aburrimiento y monotonía me ha proporcionado.

Pero creo que la novela merece un mayor detenimiento, pues no deja de tener su magia, aunque a uno —a mí— no le haya gustado. Se centra Donoso en la creación de dos universos paralelos —Rinconada y la casa asilo— sur-

gidos en función de un mismo mito —el de la niña-bruja— que se expande e impregna todos los ámbitos que roza de un cierto sabor a decrepitud y a lóbrego esgrima con la muerte, es decir, con la naturaleza. La sublimación de lo venéreo a través de la senectud y sus abalorios —la niña-santa, la virgen-prefada, la cosificación del sexo— proporcionará un contrapunto litúrgico a aquel origen mítico del hecho, vibrante en sexo y catacumba. Existen, por otro lado, las sucesivas transformaciones del nudo mítico. El universo regido por una estética de lo monstruoso y esa atmósfera pesada del asilo, en la que la estética existe como sublimación de la impotencia y de la castración, constituyen dos mundos paralelos de recíproca negación. Y, sin embargo, las posibilidades narrativas de todo este material quedan frustradas en el momento en que Donoso escoge deliberadamente una expresión barroca —con el peor sentido— bajo cuya hojarasca la saga se difumina hasta perderse en un mundo transido de mimetismos. Las situaciones, los momentos que más claves pudieran haber proporcionado, aparecen resueltos con escaso sentido y ensamblados de forma prácticamente gratuita, ofreciendo en realidad la impresión de una novela precipitada, muy retocada, pero poco trabajada, o por lo menos poco elaborada. La imagen del Muñido, Humberto Peñaloza —anciano transexuado, castrado imaginación, escritor fracasado, ladino cómplice, traidor a todos y a sí mismo—, no alcanza toda la altura simbólica y literaria que uno adivina en la sucesiva transfiguración imaginada por Donoso. Y pese a ello, es precisamente su símbolo —una colectividad obsoleta, un ojo triangular fijo en una realidad sumida en la más abso-

luta senectud, una decadencia que participa por igual de lo mítico y de lo sarcástico— lo que confiere al libro su único interés. Una mayor economía de medios, así como un más riguroso control de la técnica, desdiciendo mimetismos, hubieran hecho de «El obsceno pájaro de la noche» una profunda épica de un proceso de emputrecimiento total. ■ EDUARDO CHAMORRO.

Las sombras, la faca y la tostada

Para dejar las cosas claras desde un principio, he de confesar que me acerqué con más prevención que entusiasmo a la primera página de «El contador de sombras» (*), libro del que es autor y casi víctima el sevillano Antonio Burgos. No existía razón alguna que justificase mis prejuicios, máxime si se tiene en cuenta que lo poco que yo había leído de Antonio Burgos —tres o cuatro reportajes— me había parecido francamente interesante. El caso es que, por una parte, y sin motivos que avalasen tal sospecha (quizá, en todo caso, el mero aspecto físico de la edición), temía zambullirme en otro reincidente producto de esa narrativa, heredera del más conspicuo y premeditado «berzismo». Temía también, por otra parte, verme en consecuencia forzado a hablar mal y pronto de un libro escrito precisamente por un colaborador de esta revista (un colaborador, reitero, a quien sólo conocía de escasas, aunque sabrosas, leídas). Pero, afortunadamente, mientras iba adentrándome en la trágica antiaventura del protagonista, mis malévolas y gratuitas sospechas se fueron poco a poco disipando. Y al doblar la última página de «El contador de sombras», decidí pedirme perdón a mí mismo y también, cómo no, a Antonio Burgos.

He aludido, líneas arriba, a la trágica antiaventura del protagonista. Don Tomás Mora —«Este hombre del casino provinciano... fruta vana de aquella España que pasó y no ha sido...», como diría aquel Antonio hispalense que se nos murió de pena en Colliure— no vive ninguna aventura personal o colectiva; se limita a asistir como simple espectador a un proceso de descomposición, a un desmoronamiento de sistemas vitales, a una antiaventura. Y esta antiaventura no viene determinada por la «aventura»



El libro de bolsillo

Alianza Editorial

LITERATURA

- Lewis Carroll
Alicia en el país de las maravillas (276)
- George Orwell
La Hija del Reverendo (*285)

HISTORIA

- Salvatore Francesco Romano
Historia de la Mafia (*279)

PSICOLOGIA

- Sigmund Freud
El Malestar en la Cultura (280)

BIOGRAFIA

- F.D. Pasley
Al Capone (*287)

CIENCIA Y TECNICA

- Ernesto Navarro Márquez
Historia de la Navegación Aérea (286)

LIBROS UTILES

- Djenane Chappat
Diccionario de la Limpieza (282)

Volumen sencillo, 50 ptas.
*Volumen intermedio, 75 ptas.
**Volumen doble, 100 ptas.